

Gouaches de Kleiser

Podemos estar en desacuerdo con la ideología que revelan las gouaches exhibidas por el pintor Enrique Kleiser en la Sala II del Instituto de Arte Contemporáneo; discutir su sentido del color y su noción de estructurar la superficie pictórica; y no obstante apreciar las virtudes encerradas en el impacto que a la sensibilidad hacen estas breves obras hechas tan sin preocupaciones y pretensiones; son casi estudios y ejercicios de un pintor profesionalmente maduro en busca de una serenidad agnóstica. Y si no justipreciamos este regodeo refinado en colores delicados y en la filigrana de manchas casi caligráficas, no podríamos, por lo demás, valorar el mundo de un Tobey. Y esto sería perder mucho.

La composición, como consecuencia, es simple: en la mayo-

ría homogénea y monocromista; en algunos casos centrada (Nos. 7, 9, 11, 15); en N° 16 dos conglomerados cromáticos paralelos; ritmos en No. 2.

El impacto a que nos referíamos arriba es apacible. Obras de tono menor como solaz de un artista que se aleja sin turbación de los sobresaltos, de lo abrupto, de la violencia con que nuestro tiempo nos lacera. Es un preámbulo del mundo que Kleiser espera visibilizar en sus óleos, cuyo buen despunte pudimos ver hace poco en el Salón de Verano. Pero será un mundo al que, por ser claro y logrado en sus intenciones, no se le podrá exigir mayor alcance vanguardista u otro tenor afectivo. Es a fin de cuentas la prerrogativa del artista en posesión plena de su oficio.

J. A.